

Mara y otros desengaños





MARA Y OTROS DESENGAÑOS





Tannia Rodríguez
©Mara y otros desengaños, 2019

Derechos reservados conforme a la ley



ELÁNGEL Editor
Urb. Dammer, calle Félix Valerino E10 87
y Joaquín Sumaita. Telf. 2418214 / 0998111118
Quito – Ecuador

Concepción de la colección y Supervisión editorial:
Xavier Oquendo Troncoso

Cuidado Editorial:
Xavier Oquendo, Juan Suárez y el autor.

Fotografía de portada: Juan Suárez

Fotografía del autor:

Diseño de portada: Álvaro Mera

Diagramación: Imprenta Dikapsa

ISBN: XXXXX

Quito, Enero de 2019

MARA Y OTROS DESENGAÑOS

Tannia Rodríguez





MARA

Es la hora de volver, de tomar los amores dormidos y embarcarlos. O, quizá, abandonarlos embalsamados en su sueño. Yo maldigo su peso, lo odio con el poder del recuerdo de la ternura varada en el perfil del rostro de Mara, que se desprende de mi memoria como un vaporcito tenue y opaco.

Toda la noche he pensado si alguna vez podré olvidar a Mara en otra orilla. Hoy, por ejemplo, podría abandonarla en este lado del mundo cuando los barcos zarpen hacia otra tierra estacionaria. Mara, no quiero que despiertes mientras planeo tu abandono en la orilla en la que hemos de descargar los viejos pesos en busca de lo nuevo, en esa orilla del mundo que no es la mía.

Odio a Mara, la odio desde el principio del día cuando siento el frío de su vientre vacío y sus manos juntas cerca del rostro, como soñando con amores que no volverán. Odio a Mara y a sus triunfos absurdos.

¡Ah!, pero nadie sabe que odio a Mara. La odio en secreto. Y cuando la gente me mira, puedo convencerla de que la amo. Pero en el fondo de mi corazón y de mis recuerdos la odio. Sin embargo, a veces me remuerde hacer llorar a Mara. A veces soy el culpable de que sus ojeras límpidas, bajo pestañas de sombra, envejezcan. A veces, su mirada está solo para acusarme de asuntos de una baja moral que no es la mía: Mara es la correcta, es la brillante, es la tiernamente vacía, fría como una espada de plata. Yo solo soy un ser común, Mara es la perfecta.

Odio a Mara y quiero que todo el mundo lo sepa y que sepa también por qué la odio: todos dicen que Mara tiene sus pies de rosa hundidos en los escombros de mi vida; lo comentan y lo vuelven a repetir sin importar que yo pueda oírlo y eso me humille. Pero lo que no dicen es que Mara es el torbellino que provocó el escombros.

¡Odio a Mara y he de deshacerme de ella!

Por eso –y por todo lo que no quiero confesar desde lo más secreto de mi alma–, mientras Mara duerme en la orilla, a la sombra de nuestra tienda, yo tomaré el barco y me alejaré de su cuerpo inmóvil, de su frialdad de estatua, de sus manos blancas y heladas de osa salvaje.

¡Y qué terrible es el abandono!, ¡qué acto tan ruin y tan heroico!, porque, aunque no lo crean, es más difícil abandonar lo que se odia que lo que se ama. Lo que amamos está siempre con nosotros, pero lo que odiamos nos ata más profundamente, y su abandono provoca una especie de remordimiento incurable y cierto menosprecio por uno mismo. Menosprecio por la cobardía de no poder decir a Mara, mirando sus ojitos adormilados, cuánto la odio y cuánto deseo no volver a verla.

Adiós Mara, adiós. Te odio, te odio, te odio, y ¡te odio!

Y veo cómo me miran los ojitos de los otros. Sus boquitas de sorpresa dibujan un "¡Ooooooh!" que va y viene entre las olas de este mar tan vacío. Es que todos dicen amar a Mara, pero yo sé que en el fondo también la odian, que la odian tanto o más que yo,



que quisieran despellejar su piel de nieve o que, los más cobardes, se contentarían con escarnecerla demostrándole el menosprecio por el que es abandonado... Pero no podrán hacerlo, porque vienen en este barco, porque ellos también la abandonan. ¡Hipócritas!, ¡ellos también odian a Mara!

HARRY

Minutos después de la celebración de la boda, ella lo vio caminar entre los invitados y se dejó conmover por su primera mirada. Le pareció que, ciertamente, aquel hombre no podía ser un humano común, porque poseía excelencia y altivez en su andar y algo de humildad y de ternura en los ojos. Luego de unas horas le fue necesario recordar que hace poco había prometido fidelidad a otro hombre y buscó en su razón una idea que la tranquilizara: "al final de la fiesta no volveré a verlo".

Pero aquello, lejos de dotarle de la calma que buscaba, la intranquilizó aún más. Toda la felicidad de hace algunas horas, de novia ataviada para su esposo, se transformaba en una desazón que la confinaba a la más cruel inseguridad. ¿No se había comprometido hace ya tanto tiempo?, y ¿no había esperado por el hombre que ahora era su esposo como si hubiera sido este el único hombre existente en el universo?

Volvió el rostro y descubrió que aquel hombre de piel trigueña y enmarcadas cejas la miraba también, sintió con horror que su atracción era mutua y tuvo miedo de que alguien más lo notara. Buscó entre los invitados alguna mueca de sospecha, empezó a reír cínicamente tierna para despistar a los demás invitados de su infausta preocupación. Pero, conforme pasaba el tiempo y cambiaban las piezas musicales, fue cayendo en la desesperanza provocada por la idea de que él -el extranjero amigo de su esposo- tendría que abandonar la sala para regresar a su país, y ella perdería para siempre la magia de aquel momento que la atormentaba.



Deseaba con fervor que él se acercara para saludarla, pero el hombre se mantenía en un rincón de la sala. Algunos minutos después, otro de los amigos invitó a Harry -así se llamaba el extraño- a bailar con una guapa moza, y él aceptó. Esa fue la única pieza que bailó y, mientras lo hacía, ella sentía cómo algo parecido a un monstruo le congestionaba el habla, sobre todo cuando él dirigía el rostro hacia ella, como buscando disculparse por su infidelidad con la mirada.

De vez en vez, se preocupaba por despertar de esa pesadilla y volcaba su vida para otro lado con todas las fuerzas de su alma. Sin embargo, no fue fácil ignorar a aquel hombre que le proporcionaba el momento más placentero que había tenido desde hace doce años, el mismo tiempo que llevaba comprometida. Tenía una magia singular que no poseía ninguno de los hombres que había conocido ni que conocería durante toda su vida. Porque Harry era, para ella, la creatura por la que los dotes artísticos del Divino Hacedor llegaban a su más alta perfección. Y esos, los minutos más singulares y felices de toda su existencia.

La fiesta continuaba, los novios tenían que despedirse; estaba obligada a mirar a hacia otro lado, pero sentía que el hombre -quien al igual que ella le había dado la espalda en un momento clímax de la turbación provocada por su lucha personal en contra de la atracción repentina- ahora tenía sus ojos sobre ella, esperando la mirada última que ella tuvo la atormentadora valentía de negarle.

EL PESO DE LA PLUMA

Las luces de los faroles se reparten mezzquinas sobre los rostros de quienes ocupan las mesas. Cerca de un pilar iluminado, suena dulce y marcial una melodía. La mesa, diagonal a la entrada, nos reúne entre el sonido de las bambalinas y el olor avinagrado de las copas bajo el arco trenzado de las sombras del jazmín. La noche destella una sensualidad que se advierte conocida. Sin embargo, puedo jurar que nada de ese ambiente me ha recordado a ella, antes de su llegada. Algo más fuerte que la sorpresa me golpea cuando la veo entrar, acompañada de Losada.

Una mezcla de desdén y desconcierto ha congelado el rictus de mi rostro. Siento que mis labios, inicialmente detenidos en su gesto, tiemblan ligeramente. La ciudad se ha vuelto mucho más pequeña.

El brillo de las piedras de sus aretes expuestas a la débil luz aguza los ángulos de su rostro, pero también la sombra de sus párpados destaca los ojos vivos y redondos. Las ondas del cabello dejan ver la frente alta; y las puntas de las hebras oscuras descansan sobre los hombros desnudos.

Al advertir mi presencia, se aleja de mí dirigiéndose, con sus cortos y lentos pasitos, hacia una mesa junto a los amplios ventanales iluminados por la luz que irradia el alumbrado público. Tal vez se ve diferente a la mujer de hace algunos años, pero la conciencia de saber que es ella me hace buscar su mirada. Ignoro cuán incómodo es esta situación para Losada, solo me entrego a mi inquietud.



Todo lo que sigue es rápido y turbador. Siento como si el tiempo hubiera marchado hacia atrás. No sé a dónde ha ido a parar Losada cuando ella se dirige hacia el balcón con la cabeza altiva y fingiendo ignorarme como lo hacía antes. Se sienta sobre las barandillas del balcón, sosteniendo el peso de su cuerpo con las dos manos y manteniendo su mirada sobre mí. En momentos, deja caer su cabeza hacia atrás para hacer relucir su cabellera despeinada por la brisa nocturna. Sus vestidos se mueven con el viento en delicadas ondulaciones. De pronto, ella suelta las manos de la baranda y se deja caer desde el balcón.

Una suerte de letargo, vinculado a lo mágico y excitante del momento anterior, me conduce a dudar de lo ocurrido. Imagino que su caída es como el aterrizaje de alguna ave maravillosa, que su cuerpo zigzaguea como una pluma antes de depositarse en el piso, lentamente. Sin embargo, en menos de cinco segundos, se estrella sobre la calzada. Yace sobre su propia sangre, inmisericordemente quieta, como una taza rota. La gente se aglomera a su alrededor.

Tal vez esta noche, en la que poco a poco se evapora la lluvia del pavimento, se parezca a otras noches de febrero de algunos años atrás. Ahora que pienso en ella, prefiero recordarla tal cual era al inicio de la década pasada; porque cuando la volví a ver, a mediados de esta década, ella era otra. Estaba muerta desde antes de que cayera del balcón. No sé desde cuándo ni en dónde había muerto.

SANTIAGO, BABEL Y EL OTRO CAOS

Aunque a veces me sorprendo pensando en otras lenguas, solo podría expresar en mi lengua materna el sentimiento que me provoca mirar la lluvia bajo la luz de la luna, como si fuera ella quien dejara caer su delgado llanto sobre mis apuntes dispersos en la mesa del patio de este conventillo. A la salida del café, veo a Santiago. La expresión de su rostro, recuerdo de una mañana distante, está congelada ante la posibilidad de encontrar mi mirada. Se lo había advertido: "No es amor, pequeño duende del silencio que se arrincona detrás del eco de mi voz. No es amor". Pero en cambio, puede ser una especie de viento que inventa una imagen – mi imagen– para empujarla con el soplo de las velas, aunque el ancla penda obstinadamente hacia el fondo marino.

Historias de adolescentes urdidas en el escarnio de la verdadera mujer que ríe y llora. Porque, Santiago, yo podría ser tu madre... dime que no es cierto. Y aunque no fuera cierto, le llevo diez años de ventaja que me autorizan a decir: "Tú no estás enamorado de mí". Y lo veo inclinado sobre su banca de clase en ademán de llanto, y hay otras adolescentes que también lloran y otros que ríen y digo: "No es cierto", y suplico: "¡por favor!", y pido a Santiago hablar con él a solas, y repito: "...no te confundas, no estás enamorado de mí!", y él repite: "...no estoy enamorado de usted". Y concluyo frente a la clase: "...no está enamorado de mí".

Y tres años después, Santiago no me saluda en la calle, pero lo descubro mirándome, como a hurtadillas; como si pensara: "¡ahí



está la vieja desgraciada! ¡Qué locura!" Y yo ratifico con mi mirada: "¡Qué locura!"

La verdad es que no me gusta dibujar sobre mi memoria el recuerdo de ese año, porque los rostros de los adolescentes vienen hacia mí con su expresión de rabia y venganza, con su deseo de fulminarme con el enojo de su mirada. Y es que también a mí me enoja que ese asunto haya cavado el más profundo bache ante mis pies, porque, a mi falta de iniciativa, y como forma de escape, no hallé otra alternativa que poner mi renuncia sobre la mesa de la dirección. Y luego, justificarme diciéndome a mí misma que bastante tenía ya con mi grave problema de tener que pensar las cosas importantes en una lengua que no era mi lengua materna. Y ya nada importa, porque a estas alturas, todos estos rollos del asunto de Santiago están prácticamente olvidados; **aunque hoy que lo he visto. También Ethan ha vuelto su rostro de grácil actor hollywoodense hacia mí para recordarme que preferí pensar las cosas importantes en mi lengua materna.**

SORTILEGIO

Al inicio, todos caminaron con direcciones indeterminadas. Cada cual con el propósito de huirle, cansados del peso de su tutela. Luego, empezaron a reunirse, a reencontrarse, a darse apoyo mutuamente, comentando el caos que su solo nombre producía en la memoria colectiva.

Cansados de callar su cruz, la nombraron un día y desde entonces se volvieron inmortales, partícipes de una vida en la que arrastraron el hálito denso de la vieja saciedad de todos los tiempos, cúspide de la ilustración, caballo diestro de amaneceres en los que su nombre quedó impregnado para siempre en sus bocas chorreantes y condenadas al aullar de maldiciones, traducción mutada de su germen viril.

El silencio es un abismo arrinconado al borde de nuestro paroxismo. Saltamos, míticas para siempre, sin nombre, sin hombre. Nómadas del tiempo, no nos encontraremos más. Fuimos ayer. Somos hoy. El futuro no existe. El pasado es un fantasma que, con lágrimas, esclavizamos entre cuatro velas para adorar; alegorismo vagante que pasea dentro de un tiempo en negativo sin más caracteres que los que queremos darle. El presente es un manojo de materia que modelo de la peor forma posible para poder culparte.

Sin nombre, ahora en distantes laberintos, lo corean desafiándola a que dé la cara a la multitud que la aclama con gritos beodos: ¡qué se instale en el fondo de la botella para iniciar las mil



lecturas que aún se tienen del mundo! ¡Pero ya no se puede definir qué mismo es el mundo ni qué carajos son sus caminos!

Los cuatro lunares en un lado de tu rostro, que bailan al ritmo del Adagio Sostenuto, y tus acres palabras; el deslizarse de tus pensamientos por los canales que forman la expresión violenta de tu frente y que desemboca en tus ojeras desmanteladas de pestañas que en momentos se tienden sobre la piel de tu rostro, como la ropa al sol. Manos de colinas latentes, piel de ídolos incásicos sobre el barro, hermosamente esculpidos. ¡La mitad de la vida, resbalar por estos caminos que se ensanchan con el recorrido de un vocabulario predestinado para tus labios, dos triángulos marineros en la nave sostén de dientes y tabacos!

Partimos sin partir.

Partir es cortar el mundo de un lado a otro, dividirlo para fatigarlo aún más. Se deja un espacio físico, se toma otro (quizá uno espiritual) y se empieza de nuevo con los viejos cimientos, testamentos de pieles.

Partieron cargados de las mujeres del pasado, hoy más bellas y discretas; ellos, menos soberbios, más comprensivos, inteligentes y viriles; todos azotados por el escalofrío de la experiencia. –En tus brazos se estiran, como ranas al saltar, tus venas color turquesa, envolviendo de lo biológico al ser que huye–.

Recoger el soplo de las narices cerrando los ojos. No ver el respeto, sentirlo más allá de la carne, en la esencia inmaterial; el

"nos esse" que recorre tiempos y espacios cargando las imágenes que fluctúan al ritmo ancestral de un viejo anatema –mientras tanto, tú te ejercitas en la cólera del mar-. No hay cuento, no saldrá amontonada la gente abandonando Egipto, Babilonia, Troya o Yangana, ni regresarán a Israel.

No habrá gitanos, ni judíos errantes estampados sobre un papel blanco comiendo la atención de tus ojos. ¡No! Tú, la ciudad poblada por la convención, esclavo del sortilegio y del dado, sonrisita fingida antes de la mueca iracunda.

No saldrán los dirigentes sindicales, payasos de la convención, cargando sus pancartas. Saldré yo, llevando mi almohada de tedio y tus señas personales para tragármelas a mitad de camino; o quizá solo me lleve lo más odiado, abandonando, lo querido en las sales del mar que devuelve tulipanes con un gruñido febril y pavoroso... Seguro saldrán, también, decenas de nombres femeninos apedreando a Israel. Y por siempre serán discípulas de la vieja.



SIRENAS EN EL PAÍS, AL OTRO LADO DEL ESPEJO

NN era lo más artificialmente hermoso que ella había visto en su vida. ¡Sí, una construcción monumental! Pero Danna lo sabía, sabía que NN era hermoso mientras no abriera su boca para decir las mentiras que no la convencieron jamás. Y ahora que Danna no siente cercana la presencia de NN, podría dejar salir a la criatura que habita al otro lado del espejo, perdonarla, comprenderla. Al final, no la ha visto nunca de frente, no sabe si es tan horrorosa como presiente o si es un ser angelical como dicen otros. Pero Danna odia a la que está al otro lado del espejo, la odia. La odia como no puede odiar a NN debido a una serie de circunstancias complicadas que la gente común como yo no puede comprender fácilmente.

Por eso mismo, nadie comprendería por qué Danna permitió que NN se introdujera en su vida violentamente, como una tempestad que destruye las barcas en el océano.

Danna era muy bella, alegre, obstinada y soberbia.

Cuando Danna regresaba de sus paseos nocturnos –porque Danna amaba caminar por las noches–, se encerraba detrás de esas paredes de espejo que aún hoy le recuerdan las batallas de aquellos días que cuajaron hasta convertirse en lo que hoy es el presente.

NN era 7 años y medio mayor que Danna. Su mirada estaba llena de una pasión que, para Danna, hasta entonces, era desconocida. Danna se dejó arrebatar por el encanto de NN, pero,

fue ella quien se le acercó con el fin de seducirlo –ya sabemos que lo hizo siempre confiada de que nada malo podría ocurrirle siendo, como era, una sirena encantadora–.

Así que un día, en uno de sus múltiples paseos nocturnos en los que se hallaba cantando en medio de las olas terráqueas, Danna encontró a NN, solo, esperando el autobús para volver a su casa, y empezó a envolverlo con sus sonrisas y sus miradas maravillosas. Danna –que no sabía que NN también era un ser encantador– decidió hacer uso de sus más espléndidos encantos. Entonces, ambos quedaron hechizados en una confusión de encantos tan lastimera y triste que los dos se volvieron dignos de toda conmiseración humana. (Ninguno de los dos recibió nunca dicha conmiseración, pero, eso es asunto de otra plática). NN se marchó avergonzado por lo que había sucedido; y Danna llegó llorando y estilando vino y sangre por la piel. Aquel día no se presentó en la casa paterna, sabía bien que no podría evadir el cuestionamiento sobre lo que había sucedido: Danna llevaba sobre su piel la sombra de unos besos.

Cuando Danna pensó que podría continuar su vida cotidiana y olvidar lo que le había pasado por su gran imprudencia, fue a la casa paterna; esta vez, sin dar el acostumbrado paseo, a pesar del gusto que sentía por las salidas nocturnas. Cuando llegó, la esperaban en el salón delantero. Solo entonces, Danna comprendió lo fatigante que era explicar a los demás su mundo interno. Comprobó que nadie estaba dispuesto a caminar sobre sus zapatillas y que tampoco ellas eran objetos que pudieran ser prestados a los otros.



A pesar de toda su inmensa confusión, Danna trató de ignorar las cicatrices de los besos de NN sobre su cuerpo. Con los días, Danna se volvió a sentir otra vez la de antes; pero ya no quería dar paseos nocturnos ni tomar el café en el salón posterior. Nadie comprendía bien en qué medida Danna había caído en un encantamiento. Y no es que Danna no amara todo lo que la rodeaba, Danna lo amaba, lo ama aún hoy; pero incomprensiblemente no podía apartar de su memoria el perfume de NN.

Una noche imprevista, Danna escapó de su habitación y salió a vagar por las calles de la ciudad. Traía el cabello suelto y la piel blanquísima bañada de la luz nocturna. Danna recorrió todos los intersticios de la noche buscando el perfume de NN, pero no lo halló. Halló a NN, sí; pero no su perfume.

Al verlo, sintió un profundo desprecio por él. Aunque no escatimó sus fuerzas para sonreírle una vez más y encantarlo como parte de un rito de venganza, todo fue inútil. Danna comprendió entonces que todo estaba perdido. Supo que entre NN y ella había un precipicio de imprudencias y desastres que se abrían entre ellos tan profundamente como la eternidad. Decidió que sería mejor caminar sobre sus mismas huellas y retomar el camino iniciado.

Danna volvió a casa en la madrugada, derrotada, con la desgarrada ropa que dejaba ver la blancura de sus pechos. No quiso hablar con nadie. Desde entonces, se encuentra cantando al otro lado del espejo y no quiere que nadie más la vea.

LA SIESTA

Mientras la veo dormida sobre su lecho, tengo miedo de ella. Tengo miedo de su astucia y de su malevolente sentido de sospecha. Tiemblo al pensar cómo quedo detrás de su palabra que finge festejo, cómo tambalean mis rodillas a la espera del dicho sarcástico con que flagela mi débil inclinación a la tristeza, vulnerándome del todo. Mientras la veo dormida y mansa como un cervatillo tierno, pienso en cómo son ahora nuestras conversaciones: como una batalla luego de la cual habrá que recoger nuestros restos de dignidad humana yacientes sobre los pisos, estampados sobre las paredes y resbalando como sustancia gelatinosa y sin olor.

Cuando está despierta, temo sus ojos que me miran curiosos para, minuciosa y silentemente, instalarse en la suspicacia. Temo todo lo que no dice por considerarlo un desmedro a la elegancia. Por lo mismo, temo el recuerdo de cada evento desconsoladamente absurdo y cruel suscitado en estos últimos 13 años que, al parecer, no guardan lugar en su memoria.

Como cuando el agua del mar se retira demasiado, también temo su silencio. Temo el humo de su tabaco, el olor de su perfume, la silueta de su cuerpo tendido en la cama simulando que no respira ya. En resumen, temo que algún día se haga el silencio absoluto. Temo menos algún día no sentir más las líneas de sus labios sobre mi frente, fingiéndome cariño.

Ella es, al mismo tiempo, el ángel de la muerte que ha sido



colocado para mi caída y la redención de la sentencia que me aguarda frente al patíbulo. Sin embargo, es siempre lágrima silenciosa al final, porque también temo que mis labios se revistan de su risa.

Sobre la cama, parece una estatua embutida de mimbre cuyo rostro ha sido cubierto con una máscara de cobre bruñido. Amé ese rostro que ahora me inspira hastío mientras lo contemplo desde la lejanía de nuestras diferencias: ella en su sueño, siempre en sus sueños, muy lejos de mí; y yo, en la oscilación dubitativa de una ternura perdida como un niño en medio de un boque espeso que teme, pero no se anima a llorar su miedo.

El enamoramiento ingenuo, la sonrisa desinteresada, la mirada espontánea y cómplice no existen cuando estamos juntos. Para ella, todo es sospecha; porque ella está hecha de miedos también, como de vergüenzas y prejuicios. No podría seguir amando su cuerpo desnudo porque para ella no existe la unicidad en la desnudez sino en el artificio de cubrirse con sus oropeles y caros accesorios. Junto a ella, uno piensa que el cuerpo vale menos que la ropa, que todos los cuerpos son sólo cuerpos, y las almas se digieren y van a parar al excusado.

¿Cómo no podría sentir temor por ella? ¡Claro que la temo!

Y los días se van y cascabelean como bambalinas felices que se recortan y ella sigue inmutable ante el amor y el odio de los otros. No le importan. Y mientras duermo, me instala en mi insomnio detrás del eco de su voz que me inquieta, me abrumba, me enternece con su capacidad de estremecimiento.

Cada noche, antes de cerrar los ojos, pienso en su cuerpo blanco e inmóvil. Pienso en la sangre aglomerada en su pecho latiendo al unísono. Pienso en sus manos de largos dedos entrecruzados reposando sobre su pecho. Pienso en sus ojos de esmeralda, perlada memoria viviente de su familia materna. Pienso en las víctimas de su indiferencia y de sus prejuicios. Pienso en sus pasos recortados, en su larga cabellera oscura. Sí, pienso en ella como tantos otros que no la conocen, simulando que no la temo. La pienso sin maldecir su alma de gema y espejo porque, en el fondo, no he dejado de admirarla.

Pero, al fin, yo sé que ella es dura, es terriblemente dura. Es desconsoladoramente dura. Su cuerpo, incluso, si está inmóvil, me asusta. Entonces, se hace el silencio verdadero, cuando la contemplo despertar y me mira como un gato que se despereza sobre la cama sin sospechar, aún, lo que estoy pensando sobre ella.



BACO

No soy de Baco, no podré compadecerlo. Hasta me uniré a las hadas para asirme de sus restos. Esta es la noche en que renuncio a la simpleza, a la inocencia a la cual no pertenezco. Me visto de otros mantos, vestidos de las fieras que habitan en los campos más pródigos, y salgo detrás su rastro. Pero soy solo una ninfa, aunque me llames Diana y me temas. Yo sé que soy solo una ninfa, aunque me presientes cerca y las carnes te tiemblan. Y con razón me temes, porque, al fin, soy Diana y desde hoy entro en el juego los laberintos. ¡No!, ¿qué peligro habrá en un ser con rostro de niño?, me digo, mientras te encuentro durmiendo la borrachera en medio del bosque. ¿Qué peligro, si no es más que un chichillo? Y lo eres. Un niño al que hay que engañar nada más porque gusta de las mentiras.

Yo apenas podría mentir, pero tú amas los afeites de la palabra falsa. Vengo a entrenarme entre las hadas, quizá algún día despierte siendo la mejor de las arpías.

El coro de hadas te tiende una trampa. Construye con sus velos los laberintos en los que has de extraviarte, eso te gusta. Me apena que estés borracho y que despiertes en medio de la confusión. Me apena que todas se preparen para despedazar tu carne que se fermenta. Pero soy ya parte de esto. No cubriré mis ojos, iniciaré la risa.

LA HUIDA

No nos está permitido mirar atrás. Ahí, el anatema que pesa sobre las estatuas de sal. Pero, ven; toma mi mano, habitemos el recuerdo. Ahora que todo está inmóvil sé que el tiempo ha vinculado tu sobra a las calles de esta ciudad hilvanada de fantasmas. Tu olor reposa sobre los muros de las viejas casas. Camino. Me saludan los recuerdos, los viejos amigos, las risas, las noches de poesía, tus pisadas.

El recuerdo que aún se hallaba arrinconado en la primera esquina que doblo, es liberado y rueda como una moneda angustiada a lo largo de la carretera; luego, cual mendigo ebrio, camina detrás de mí. Recoge mis pasos para no dejar la huella de esta huida. Mi imagen se encierra en los espejos colocados en la intersección de las avenidas. Son solo unos segundos. Me veo en ellos, bajo el hechizo de las luces y el rocío, como un arcoíris desamparado. Son unos segundos suficientemente infinitos para decidirme, o no, a pasar.

Sin embargo, un ciego impulso de sobrevivir a tu recuerdo me empuja a cruzar la calle. Otra vez tu imagen acompaña su fantasma por mi vereda. Hay también unos muchachos que corren. Sus figuras se parecen a un puñado de hojas que vuelan en el viento en forma de torbellinos; de entre ellos, yo recojo tu imagen en mi recuerdo al que la sal rinde tributo.

Aquí, he hallado coloridos estampados de tus palabras; allá, el eco de tu risa cae desde el puente roto estrellándose con el terrible



peso de su amargura. La verdad, ya tengo prisa por terminar este recorrido. Desde hace rato me duele algo. Tu recuerdo se parece a una congestión gripal que dura varios años y que no me ha dejado dormir. Tengo los ojos humedecidos de tanto recorrido nocturno. En fin, mi congestión gripal, a lo largo de esta calle y de todo este tiempo, se ha ido convirtiendo en un monstruo de terrible espuela al que debo asaltar y aniquilar.

Entonces caminar un poco más por esta calle bajo las luces del alumbrado público, aunque finja una lucha con la noche, es recordar que -a más de este montón de museos que visitan los turistas en las mañanas- hay, por lo menos, un centenar de escombros descomponiéndose sobre esta calle, haciéndome ver con el semblante de un ser que tiene sus alas sembradas de pasado. Y por lo mismo, el deseo de sobrevivirte enfrenta al monstruo y lo fulmina. Eso, al menos, me digo a mí misma, para alentarme a la fuga.

Ahora, solo queda volar hacia la huida. No importa que nadie aplauda mi triunfo ni vea el inicio de la putrefacción del cadáver. El amanecer nos saluda. Estamos a la puerta de otro tiempo. ¡Y qué extraño!: ya no es necesario que pregunte si te embarcas o te quedas.

RETRATO CON HADAS

Cualquiera diría que mis padres se cansaron de mí y me mandaron a batalla; porque, al fin de cuentas, solo soy un ser lánguido que ha sobrevivido al abuso gracias a la belleza de su cuerpo. ¿Quién osaría destruir un objeto hermoso?, me decía en mis años juveniles, mientras me contemplaba, extrañándome de él, como si se tratara de un ser ajeno a mí misma. Por eso, estoy cansada de mi cuerpo. Para empeorar mi condición de ser cansado de posar socialmente, las hadas y pléyades se colocan junto a mí y decoran este retrato. Pero, aclaro que no son mías. No recuerdo si alguien me las prestó una mañana o, simplemente, se equivocó de dirección y las dejó aquí hasta que se convirtieron en algo mío.

Huérfanas del escalofrío, esas hadas -que no quiero condenar- son pequeñas, heladas e hilvanadas a temores más angustiantes que los míos. Surgidas del ombligo del tiempo y los hábitos sociales, se construyen a sí mismas con exquisita frivolidad, astucia y maestría. Son seres perdidos en el universo y para reivindicarse a sí mismas inscriben los errores de unas y otras en la memoria de los dioses, se acusan entre ellas frente a la divinidad cuando unas u otras se encuentran descuidadamente de espaldas. Ellas cuentan sus errores meticulosamente y los guardan bajo sus mangas para exhibirlas el día en que mejor público encuentren. En el fondo, me halaga que seres tan complejos se preocupen también de elaborar mi retrato social y de presentarme tan adornada de decenas y decenas de oropeles complejos que, en la realidad, no tengo.



Sin embargo, la mayor parte de mis amigas han sido hadas muy complejas. De hecho, toda mujer tiene esa amiga que se le pega como un chicle y que se le despega cuando hace mayor falta. A esa amiga la llamamos hada. -Otras la llamarían bruja maldita, yo solo la llamaré hada-. No importa su nombre -unas se llaman Carolina, Isabel o Carmen; otras, Verónica, Janeth o Beatriz-, lo que importa es que siempre parecen estar interesadas en retratarse con su amiga, porque las hadas terminan por obsesionarse con la pequeña fortuna -o miseria- ajena, la estudian hasta la obsesión, la admiran hasta el escarnio, la envidian hasta que, un día cualquiera, la hurtan.

Yo, como todas, tuve mi pequeña fortuna amada. Era tan pobre que nunca pensé que hadas tan ricas podrían envidarla. De hecho, él era como un perro bravo y melindroso que nunca supe comprender; ¿por qué iba a pensar que alguien podría interesarse en quitarlo de mi lado?

Las hadas gustan de lo que su amiga gusta; por eso, no me extraña que el hecho de que yo gustara de él subiera su cotización en el mercado de parejas dispuesto para armar el propio infortunio según las necesidades personales. Las hadas desean beber el agua justamente en el vaso en que ha bebido su amiga. Consideran que, si es que un bien hadado día se les diese la posibilidad de beber de dicho vaso, ellas lo beberían mejor y sabrían aprovechar -gota a gota- su contenido.

Sin embargo, él era un ser muy complejo también. El día que se fue con otra sentí el más profundo alivio y comprendí que, tratándose de él, solo había una forma de ganar. Y esa era perdiendo.

Solo perdiéndolo se perdía menos. Por eso, luego del rito esperado de lloriqueos emocionados, suspiré hondamente con la dicha de haber dejado de perder, de perder en impaciencia, en dominio de mi voluntad, en esfuerzo por comprender lo complicado que era aquella criatura que un día amé, en el desgaste emocional de tener que ceder todo el tiempo en busca de una felicidad que siempre se daba solo a medias. Entonces, me levanté de mi postración espiritual y empecé a construirme nuevamente. Desde entonces, como quien se ha quedado con el diablo de la botella, no he hecho más que compadecer a aquellas hadas que se quedaron el antiguo objeto de mi amor.

Pero, las hadas tienen gran imaginación y fantasean, casi todo el tiempo, con ocupar el puesto de su amiga el día menos pensado. ¿Quién ha hablado de envidia?, yo pienso que es solo es una cuestión de turnos. Dejo con gusto que las hadas se lancen sobre los restos de mi festín primaveral. "El egoísmo no alimenta los sentimientos de fraternidad", me digo, mientras camino dichosa y desembarazada de ese sentimiento que fue el primero y que hoy deja solo el rastro de una lágrima enjugada sobre la mesa de un bar céntrico. ¡En verdad lo quise tanto! Pero, he de confesarlo, solo puedo estar tranquila sin él. Por eso, lo dejo que salga de mi vida y vaya vagando de hada en hada. Nada me proporciona mayor tranquilidad que saber que nuestros caminos son dos líneas rectas.

En cuanto tiene que ver con las hadas, diré que son seres maravillosos. Las hadas son, en sus años juveniles, como los gatos: ronroneadoras, juguetonas y vanidosas; pero, con el tiempo se trasforman en lechuzas. En su juventud, echan mano de las nácares



y azogadas fuentes de la amistad ingenua para conducir a su amiga por unos laberintos fabricados por ellas. Aprovechándose de la miserable falta de experiencia de su joven víctima, le rinden pleitesía para exacerbar su ego, y, luego, les es fácil enredarla, como a un cachorrito de león ingenuo en la palabra, y la dejan caer en el oprobio de la discusión inoportuna e inútil.

En los años maduros, cuando ya no estás dispuesta a desgastarte en discusiones, las hadas sirven a su amiga como plato fuerte de sus más ruines chismorreos. Las viejas lechuzas, en cambio, de entrada, sólo aprecian aquello que les puede ser útil. Son buenas calculando. En ambos casos, sin ningún disimulo, las hadas salen a la caza de tu pedazo de asado favorito.

Sin embargo, nada de eso me irrita. Ya no estoy tan ingenuamente caminando bajo las sombras, guardándome del sol para permanecer incólume. Al contrario, nada queda sobre mi mesa que sea presea descuidada para las hadas, nada más que este retrato con hadas me hace lucir más elegante que un vestido de Dior. Aclaro, este es mi retrato, pero las hadas nunca fueron mías.

SOFI MCDONALD

No fuimos hechos para vivir de la nostalgia, pero este noviembre es el de un otoño que se ha ido ya por la ventana. Algunos dirán que las hojas solo caen en los jardines de aquellos que se arrinconan a la sombra de una ilusión pasada. Yo te hallé en el bolsillo de una gabardina con una tarjeta que me hizo recordar que aquella noche nos habíamos embriagado. Contradictoriamente, esa fue la última vez que vi a Sofi MacDonald. Luego, recuerdo la mano extendiendo el trozo de cartón: tengo aquí la tarjeta de un sepulturero que la ayudará con gusto si eso es lo que quiere. Dos días más tarde, tuvimos plena conciencia de que la semana se había ido y la vida de Sofi, también.

En mis recuerdos, la luz penetra por las ventanas, débil. Delicadamente, se acuesta sobre su lecho mortuario mientras alguien llora desconsoladamente. Los minutos pasan y yo robo una copa de vino. Jamás le he dicho esto a nadie; pero, ¿sabes qué significa que alguien haya dado la vida por ti? ¿Qué alguien esté muerto para que tú vivas? Es como estar viviendo la vida de otro. Porque en ese lecho pudo ser mi cuerpo el que recibiera por última vez la luz matutina. Pudo ser mi cuerpo el que presidiera el cortejo mientras otra, a mis pies, habría tomado esa copa de vino meneando la cabeza y con gesto de superioridad por estar aún viva.

No hay verdad absoluta. Quizá, con Sofi también he muerto yo, de cierta manera. Estábamos en la edad del amor, de aceptar



por verdad cualquier punto de vista con tal de tener un asidero. Por eso, queríamos creer en tu palabra; por eso o por cualquier otra cosa. Pero yo acepté que no había manera de ganar y que perdiendo solamente se perdía menos. Sofi se empeñó en ganar.

¿Es ridículo esperar más de la ruleta? En la vida adulta, el amor es un juego social. Los jugadores se conocen, se oponen, se miden, apuestan y, generalmente, pierden. Todo esto sin tanto alboroto. Y nosotros, mi amor, aún tenemos esta tarde que se desgaja en nuestras manos y la tibieza azul de los recuerdos juveniles que, día a día, rozan las paredes del espacio que todavía ocupan nuestros cuerpos. Nada tengo que reprocharte: mi alma te recuerda tal y como eras entonces. Sin embargo, nunca estaremos juntos porque siempre recordaré a Sofi McDonald y la tarde que percibi el olor de su muerte entre la llovizna que caía sobre la ciudad: la última vez que la vi viva, cuando aún ni de lejos hubiera podido sentir esta lástima por ella. Antes de aquello, nada me importaba que dijeras algo que fuera mentira; pero ella murió para que yo viviera. Antes de aquello, teníamos tiempo; con ella, se fueron los días felices y tu rostro se me volvió tan extraño. De hecho, todo en ti, me es ahora ajeno.

ROBERTH

A Kléver Calle

Todas las mañanas palpo, maravillada, las ondulaciones de tu cabellera. Tus ojos me sonríen mientras yo trato de desentrañar el misterio de tu mirada, temerosa de conseguir mi propósito por el horror que me produce perder el encanto de tus ojos. Nadie me ha hablado nunca de las luciérnagas, el agua y las plantas con la pasión con la que tú lo has hecho. La crítica del último libro que ha llegado a la ciudad se transforma en un ritual cuando sale de tu boca. Todo en ti tiene una explicación tan satisfactoria que no hallo aún el deseo de contradecirte. Por eso, y solo por eso, acallo mis ganas de protestar ante ciertos detalles que me molestan de nuestra convivencia: tu larga y poca convencional manera de resolver los conflictos, tu incomprensible exigencia ante mi pasividad que, según tú, choca con las situaciones que exigen posturas inmediatas; y, sobre todo, tus extravagantes amigos que se pasean ante mis ojos, como salidos de un catálogo literario.

Como todos los días, a las 7 a.m., salgo a recoger la correspondencia. No hay ascensor en este lado del edificio. Mientras camino, siento el batón enredarse entre mis piernas. Unos ojos me miran desde el piso bajo y escucho al conserje mencionar que aún están buscando al psicópata que ha asesinado brutalmente a una mujer en esta calle. Su descripción, digo yo, bien podría ser la del hombre que está justamente abajo, en la antesala: melena castaño-roja, tez blanca, estatura promedio; yo añadiría: facha



de desquiciado, afinado olfato para percibir la vulnerabilidad de la víctima en el momento propicio, y una mirada perdida que, de pronto, se fija en mí.

Para entonces, he tomado el conjunto de sobres con la mano izquierda y con la derecha busco apoyo en el pasamanos. Ante esos ojos fijos, el temor escala por mis talones. Mis rodillas empujan mi cuerpo hacia adelante. En un gesto de controlado terror, subo por las gradas del viejo edificio, tratando de ignorar el parentesco de la descripción con la imagen del pelirrojo observado. Sin embargo, sorpresivamente, lo miro levantarse de su asiento y subir los escalones también. Tambaleo. Me empuja la contradicción que implica el deseo de ignorarlo y el hecho de que él me observe y parezca querer decirme algo. Las pantuflas pisotean por delante el camión de seda al que siento ahora tan pesado. ¡No podría ser tanta mi mala suerte!, pienso, ¿por qué hay un pelirrojo desarrapado siguiéndome?

Trato de controlar la prisa de mi paso. Vigilo al sospechoso, mientras compongo mi cabellera mirándolo como en una escena cinematográfica desde los vidrios de los ventanales. Ya en el último pasillo, apresuro el paso. El hombre se da prisa también detrás de mí; parece insistir en su escudriñamiento y en querer hablarme. Así es como los asesinos abordan a sus víctimas en las películas de Hitchcock, me digo. Abro mi puerta aceleradamente, entro agitada y cierro tras de mí sin miramientos. El terror me obliga a tenderme en el sofá, sintiendo un escalofrío aliviado. Pero el hombre asoma su rostro detrás de los vidrios y hace sombra en los cristales con sus manos.

El miedo y la expectativa me han paralizado como a un ave cansada. De pronto, sales del baño vestido y peinado, abres el closet de la sala para ver tu abrigo y te quedas detrás de la puerta. Yo pronuncio tu nombre en voz baja y suena para mí como el susurro de una festiva melodía marcial que evita que él pueda oírme. No voltees hacia mí, continúo. (Temo que el hombre pueda verte tras la ventana y te haga daño). Hay alguien con cara de loco mirándome detrás de la ventana, termino. Pero tú no te unes a mi conflicto, no estás enterado de mi terror, y con tu habitual tranquilidad que entenece y al mismo tiempo enfada, cierras la puerta del closet que te esconde. Abres la del departamento sacando sin ninguna precaución la cabeza. Solo puedo observar la belleza de tu mano sosteniendo la hoja de la puerta. De pronto, entras y dices: ¡Ah!, es el Roberto, un amigo que ha venido a verme para que vayamos juntos a cubrir una noticia.



LA HUELLA

A Julio Rodríguez

Cuando volvieron, sudorosos y cansados, el arma ya no estaba ahí. Lo cierto es que nunca antes había ocurrido aquello: que alguien, un extraño (o quizá un conocido, porque en esos pueblos de la Costa todos se conocen) cometiera la osadía de robarles en la mismísima oficina de policía. Alto, delgado, serio y sereno, el Sargento Miranda, jefe del destacamento, se quedó perplejo ante la absurda noticia de que el espacio de la carabina que casi nunca se tocaba estuviera vacío. Silencioso y contrariado, el jefe hizo un recorrido mental de todo cuanto había ocurrido aquel día.

Nada había salido de lo rutinario. Se levantaron a las 5:00 a.m., trotaron como de costumbre hasta las 6 a.m., desayunaron en la fonda adjunta al calabozo hasta las 6:30. Se repartieron las tareas domésticas, los controles rutinarios y los operativos policiales. Aquella mañana, detuvieron varios sujetos: un hombre por microtráfico de estupefacientes, dos mujeres por riñas callejeras y dos borrachos trasnochados por disturbios en la vía pública. Luego fueron al almuerzo. El cabo Castro se quedó de guardia y ahora viene con el cuento de que no sabe cómo desapareció el arma.

Los detenidos niegan haber visto algo. De hecho, hasta las 11 a.m., ya casi todos habían recuperado su libertad. Sólo el microtráfico estaba en el calabozo, medio dormido entre las 11 horas y 12, ¿y qué carajo me despiertan por una carabina vieja y

oxidada? Dice no comprender la diferencia entre esta carabina y otras armas. ¡Esta carabina es un arma del estado, grandísimo hijo de tu mamá! Tiene su numeración y no pude ser remplazada por ninguna otra. ¿Y qué me importa si el Estado levanta un juicio en contra del jefe Miranda? Ojalá sientan estos polis lo que es estar metido en problemas con las leyes que se han inventado un manojito de abogados para complicar la vida de los ciudadanos indefensos que nos buscamos la vida de una u otra forma...

Al día siguiente, llegó el memorándum: al término de la distancia, repórtese con mi Comandante para dar razón de lo ocurrido el día de ayer, 20 de agosto de 1998. Miranda vuelve a mirar la vieja y polvorienta habitación. No es posible pasar por la puerta sin ser visto con un arma de tal tamaño, se dice. Quien la hurtó tuvo que haber salido por otro lugar, se responde a sí mismo, mientras hurta la ventana con la mirada. Descubre, entonces, la huella de un zapato sobre el añejo polvo asentado en el amplio descansillo. ¡Qué nadie se acerque a esa huella!, ordena. Sin otro recurso que un plástico para cubrir la evidencia y la imagen de una suela de zapato latiendo en su memoria, empieza a cavilar sobre el calzado al que pertenece.

En el transcurso de las horas, se obliga a sí mismo a vigilar las suelas de los zapatos de quienes pasan cerca. Tuvo que ser alguien que conoce muy bien el destacamento, se dice. Nada de lo que ocurre sale de lo normal: don José vende sus bollos de pescado, las mujeres de la fonda en pantalones cortos exhiben sus muslos celulíticos, la gente va y viene por las aceras saludando. De pronto, pasa un hombre en bicicleta. Pasa como ha pasado siempre. Los ojos de Miranda se obsesionan con la planta del zapato de goma. Oye, oye, Martínez,



ven acá. Hace parar al ciclista. El pobre diablo, que suele servirles a veces de mensajero, detiene su transporte y obedece. Las palabras van y vienen. Sácate el zapato, le ordena. Lo examina y, sin más, pregunta: ¿Dónde está el arma?

Le juro por diosito que yo no la tengo, yo no la he tomado. ¿Dónde está el arma? Jefe, este tonto jamás nos lo va a decir, quizá él no la robó. Mejor sería dejarlo libre porque si lo apresamos tendremos que mantenerlo en los próximos días. Mira, hijo, la prueba de tu delito es la huella de tu zapato, eso te incrimina. Pero hay otros que tienen los mismos zapatos, solloza Martínez; tantas injusticias se han cometido por una evidencia circunstancial como esta. De aquí te enviaremos a la cárcel de La Troncal para que seas juzgado y sentenciado. Cuando mi madre se entere, se morirá, porque está mal del corazón, jefe.

Pero nada sacaría, mi sargento, enviando a prisión a mi primo. Abelardo Martínez, un ex marín, es un coleccionista aficionado de armas. Al contrario de su primo, tiene una gran finca que dedica al cultivo del cacao. Bien vestido y con mucha reputación de hombre pudiente en la región.

¿Pudo ser el móvil del robo acrecentar su afamada colección de armas? Se pregunta Miranda mientras lo escucha en silencio. Para decirle la verdad, jefe, mi primo sí se robó el arma; pero ahora ya no la tiene en su poder. Usted no andaba lejos cuando husmeaba en mi finca, porque él sí me la quiso vender. Sin embargo, yo, que sé de armas, entiendo que no sería inteligente tener un arma del estado en mi poder. Le aconsejé al pendejo que se deshiciera de ella

lo más pronto que pudiera, y él así lo hizo. El arma fue abandonada en la carretera dentro de un saquillo de yute. Aunque exista esta confesión, y la madre se esté muriendo, no podré liberarlo, porque tiene que responder por el arma. Pero, jefe, yo sé dónde está el arma. Abelardo Martínez conduce a los policías al sitio donde fue abandonada el arma. No está, pero yo sé quién se la llevó, porque cuando la dejamos aquí, Eusebio Sanango paró su coche y seguro que todavía la tiene en su casa.

Para arreglar problemas como este hace falta dos tontos, se dice Miranda, uno que lo provoque y otro que lo resuelva. Se suben todos a la camioneta de Martínez e ingresan a la finca de Sanango.

Sanango es un hombre pacífico de pobre aspecto y voluble de voluntad. Deme la carabina, le dice Miranda, sin más introducción. El hombre no replica. Entra a la casa y sale con el arma en la mano. Miranda le da una bofetada y toma el arma. ¿Con que sabía que hemos estado buscándola toda la semana y no ha ido a devolverla? Tuve miedo, jefe, dice Sanango. Alguien podría pensar que la he robado yo.

Con el arma sobre el hombro, Miranda vuelve, satisfecho de haberla encontrado. Pero aún se pregunta cuál fue el móvil del hurto. ¿Por qué Martínez, quien entra todo el tiempo al destacamento y nunca roba nada, decidió robar un artículo tan problemático como es un arma del estado?

A su llegada al destacamento, le aguarda la toma de decisión sobre la libertad de los dos presos. Al microtraficante, lo



envía a la cárcel de La Troncal, como se acostumbra. A Martínez, le pregunta ¿cuántos correazos crees que te mereces? Treinta, responde el hombre humildemente. Te daré diez. La verdad es que no llegó ni a cinco antes de que el preso se desmayara del susto o del dolor, no se sabe bien. Con todo, se llegó a la conclusión de que Martínez robó el arma en un arranque de enojo, porque la policía había apresado a su proveedor. Desesperado por la dosis diaria, entró en el destacamento con la facilidad que le otorgaba el ser el mensajero extraoficial. Buscó en los cajones la droga decomisada, no la encontró: esta descansaba oculta en el tumbado. Se enfureció por su mal hadada situación de abstinencia que parecía que podría prolongarse. Entonces sí, enojado, tomó la carabina con el fin de vendérsela a su primo para ir a la Troncal en busca de la sustancia.



Índice

Mara	00
Harry	00
El peso de la pluma	00
Santiago, Babel y el otro caos	00
Sortilegio	00
Sirenas en el país, al otro lado del espejo	00
La siesta	00
Baco	00
La huida	00
Retrato con hadas	00
Sofi McDonald	00
Roberth	00
La huella	00



Este libro
se terminó de
imprimir
en el mes
de enero de 2019
en los talleres
de Imprenta Dikapsa
de la ciudad de
Otavalo - Ecuador

Tannia Rodríguez